

El proceso de la integración europea: Un balance

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA DE AREÍLZA Y MARTÍNEZ DE RODAS (*)

Señores Académicos:

Vengo a reflexionar, brevemente, ante vosotros, sobre el futuro de la integración de Europa y el porvenir de las democracias. El proceso de la construcción de Europa es, en efecto, en estos momentos un problema de actualidad continental. Existe en importantes sectores de la opinión pública de las naciones de Occidente un clima de escepticismo crítico bastante extendido que mantiene una actitud negativa sobre las probabilidades de la integración europea considerándola poco menos que en fase de liquidación. Hay quienes anuncian en artículos y ensayos el “Finis Europa” para los años próximos como si se tratase de una empresa intentada hace treinta y cuatro años y definitivamente fracasada después de los varios intentos para conseguirla. En 1983 se han cumplido los veintiséis años de la firma del Tratado de Roma que dio origen a la Comunidad. En 1983 se han cumplido también los treinta y cuatro años de la fundación del Consejo de Europa y de la Alianza Atlántica. Por consiguiente ha transcurrido un cuarto de siglo de vigencia del Mercado Común y un tercio de siglo de existencia de la OTAN y del Consejo de Europa. Son dos períodos de tiempo considerables en la historia de la Europa

(*) Disertación en Junta del martes, 7 de mayo de 1983.

contemporánea. Quisiera exponer objetivamente dónde está hoy ese proceso y cuáles son sus dificultades, sus logros, sus aspiraciones y también la razonable expectativa de su inmediato futuro. Es decir, cómo veo yo hoy el balance del proceso de la integración de Europa.

EL PROCESO DE LA UNIFICACION

Unificar en lo posible las naciones de la Europa occidental fue un proceso que se inició al término de la Segunda guerra mundial. Los aliados occidentales vencedores tenían la convicción de que no era posible restablecer la normalidad del Continente en ruinas sobre la base de los múltiples nacionalismos agresivos de antaño. La primera guerra mundial de 1914-1918 ya había roto lo que llamó Ortega y Gasset el "*repertorio unánime*" de las vigencias que formaban la base de la "Sociedad europea", que duró desde el Renacimiento hasta el comienzo de nuestro siglo. Entre las dos guerras mundiales, es decir, de 1920 a 1933 hubo varios intentos para unificar la Europa política. El más importante fue el protagonizado por dos grandes estadistas, Aristides Briand y Gustavo Stresemann, ministros respectivos de Asuntos Exteriores, europeístas convencidos y artífices del primer proyecto de reconciliación franco-alemana. El discurso de Briand en la Sociedad de Naciones de Ginebra en octubre de 1929 señaló el punto culminante de esa operación. Entonces eran 27 las naciones europeas que formaban parte de la Sociedad de Naciones y el político francés, que en frase de Poincaré "no sabía nada pero lo comprendía todo", propuso un pacto confederal de todas las naciones europeas que desembocara finalmente en unos "Estados Unidos de Europa". La idea, brillante y bien acogida en principio, fue después discretamente archivada por unos y otros y murió, como suele ocurrir con frecuencia, a manos de una comisión. También murieron a los pocos años Stresemann y Briand y las fuerzas del nacionalismo alemán y francés se pusieron en marcha en espiral irresistible hacia la Segunda Guerra Mundial. Con la subida de Hitler al poder en 1933, la suerte trágica de Europa quedaba echada.

En 1949, sobre las gigantescas ruinas morales y materiales que dejó como secuela la contienda, se trató por segunda vez en el siglo xx de llevar a cabo la unificación de Europa. Fue Winston Churchill en 1946 quien en su discurso de Zurich volvió a lanzar el pro-

yecto de unos “Estados Unidos de Europa” que integrasen a los países del Continente que habían quedado al Oeste de las fronteras militares establecidas en Yalta. En La Haya se celebró dos años después, en 1948, el llamado “Congreso europeo” donde ante la entusiasta presencia de setecientos cincuenta delegados se acordó la fundación del Consejo de Europa que se llevó a cabo el 5 de mayo del año siguiente: 1949.

Fueron esos primeros años tiempos de entusiasmos federalistas y de esperanzas de unificación urgente. Existía también un peligro militar cercano e inminente con el inmenso ejército soviético desplegado desde el Báltico hasta la costa del Adriático, “desde Stettin a Trieste”, como había profetizado Carlos Marx hace siglo y medio refiriéndose al probable expansionismo de la Rusia zarista. Esa tensión y ese riesgo llevaron a la creación de la “Alianza Atlántica” en 1949. La Alianza nació en Europa a través del Tratado de Bruselas firmado en marzo de 1948 entre Francia, Gran Bretaña y el Benelux contra un eventual agresor. Eran los días angustiosos que siguieron al golpe de Estado de Praga y la caída de Checoslovaquia en manos soviéticas. Spaak el socialista belga y europeísta eminente que fue el motor de la Alianza convenció a sus colegas de la necesidad de contar con el apoyo norteamericano para darle estructura y poderío militares al pacto y gestionó la entrada de los Estados Unidos y el Canadá en la organización. Hubo para ello *que modificar la Constitución de los Estados Unidos* con objeto de que en tiempos de paz, la nación americana se comprometiera fuera de sus fronteras. En 1949 se firmaba la Alianza Atlántica y el monopolio atómico norteamericano respaldaba al pacto militar de las doce naciones con su sombrilla protectora y disuasiva. Apoyada en el poderío de las Fuerzas armadas de los Estados Unidos y en el monopolio de las armas atómicas que hasta fines de los años cincuenta pertenecería a Norteamérica.

El pensamiento político de Washington era en esos primeros años de la posguerra mundial de claro apoyo al europeísmo federalista. Los ideólogos del Departamento de Estado deseaban la creación de unos “Estados Unidos de Europa” inspirados en el modelo americano de 1776 y destinados a prevenir el rebrote de los nacionalismos militaristas del viejo mundo que tantos estragos habían causado. En 1954 fue, sin embargo, el año que podemos llamar crítico para esta primera fase de la construcción de Europa. Es en efecto el año en que

fracasa el proyecto de la Comunidad europea de defensa de la que iba a ser la clave militar del arco de la unificación política del Continente. Fue el laborismo británico y los principales líderes de la IV República francesa los que, rechazando en su Asamblea Nacional el proyecto, infligieron el golpe de gracia al proyecto de autonomía militar defensiva de Europa. A partir de entonces, el sometimiento estratégico y táctico de las naciones del Occidente de Europa, a los despliegues y dispositivos militares de Washington fueron la obligada consecuencia.

Habían fracasado también las urgencias federalistas por resultar inviables. Se renueva entonces el proceso de la construcción europea, pero enfocado esta vez desde otro ángulo distinto: el de la cooperación de los intereses económicos, es decir, a través del funcionalismo de las instituciones. Fue Jean Monnet, con su extraordinario poder de organización y de síntesis, quien apadrinó la idea y la desarrolló en unos pocos años con la ayuda de hombres como Robert Schumann, artífice inicial del acuerdo franco-alemán, y de Alcide de Gasperi, Konrad Adenauer, Paul Henri Spaak, entre otros. Robert Schumann y Alcide de Gasperi fueron llamados “hombres frontera” con un profundo sentido de su significación humana y política. Ambos fueron en efecto ciudadanos, alemanes y austríacos, primero, y franceses e italianos, después, como consecuencia de los cambios de soberanía ocurridos después de Versalles en el Veneto y en Alsacia. Pero su reacción fue unánime: Había que superar esas querellas del nacionalismo agresivo y trabajar por la reconciliación y la unidad. Jean Monnet lo explicó en una célebre frase: “Nuestro pasado es la nación; nuestro porvenir es Europa”.

El proyecto comunitario de Monnet, luego recogido y ampliado por el cristiano-demócrata Hallstein, era lograr la unificación de las economías productivas más importantes de Occidente con un mercado agrario dirigido y establecer una unión aduanera con tasa arancelaria común y una estrecha cooperación. El resto —pensaban estos hombres—, es decir, la unificación política se iría produciendo, poco a poco como una obligada consecuencia de aquel dinamismo. En otras palabras, se creía que la integración política seguiría de modo automático a la cooperación económica. “La politique suivra” era la consigna. Los hechos vinieron a demostrar más tarde la errónea predicción de ese empeño. Se estableció la unificación del carbón y el acero en 1950, y más tarde el de las actividades atómicas no militares.

En 1957 se firmó en Roma el Tratado que puso en marcha la Comunidad Económica Europea con seis miembros fundadores y sin la Gran Bretaña que, reticente, miraba el proyecto desde su arrogante insularidad.

LA TRAYECTORIA DE LA COMUNIDAD

La historia de la C. E. E. desde 1957 puede resumirse así: Quince años de prosperidad. Diez años de crisis. En los primeros años del despegue las economías recién salidas de la guerra ayudadas decisivamente por el “Plan Marshall” crearon en toda la Europa comunitaria una ola de crecimiento del P. N. B.; una situación de pleno empleo; un desarrollo industrial y de bienestar material sin precedentes. El *boom* de la Comunidad que aumentó mientras tanto el número de sus países miembros de seis a nueve, transformó sustancialmente el tejido de la vida europea levantando su nivel de vida cultural y material de forma espectacular. Sin embargo, ese clima eufórico de optimismo generalizado reflejado en estadísticas irrefutables hizo descender el entusiasmo y la urgencia del proceso unificador continental. El ritmo del europeísmo integrador activo se va apagando mientras la C. E. E. se convierte en el primer colectivo comercial del mundo desarrollado, con cifras de intercambio exterior muy superiores a los balances de los Estados Unidos y del Japón.

* * *

Los diez años subsiguientes —1973-1983— son, por el contrario, una década de crisis generalizada; de altos coeficientes de paro —quince millones de trabajadores en desempleo en la Comunidad—; de fuertes tensiones inflacionistas y de continuo desorden monetario. Esa etapa desencadena en el interior de la Comunidad un síndrome de proteccionismo nacionalista que es abiertamente contradictorio con el espíritu y aun con la letra del Tratado de Roma. Pero no es éste el único motivo de conflicto sino que el complejo sistema de subvenciones y apoyos financieros en ciertas áreas como la agrícola y la ganadera, producen tensiones internas que bloquean el proceso político de unificación con retrasos injustificables y recelos manifiestos.

¿Se puede concluir que a la vista de ello, los caminos de la uni-

dad estén definitivamente cerrados o en abandono? Hay que reconocer objetivamente, en primer lugar, lo que se ha alcanzado ya. La C. E. E. es un instrumento jurídico-financiero y económico-social de primer orden mundial por su enorme envergadura, su alcance real y la intrincada madeja de su maquinaria institucional que la convierten, de hecho, en un acontecimiento irreversible de la historia contemporánea de Europa. Ningún gobierno europeo responsable piensa seriamente en retirarse de la Comunidad porque ello equivaldría a sumir su propia economía en un caos indescriptible. Con la existencia de la Comunidad, pues, hay que contar en el próximo futuro.

EL CONSEJO DE EUROPA

Dos palabras sobre el papel del Consejo de Europa en la construcción del Continente unificado. Pasada la euforia federalista y urgente de la posguerra, el Consejo quedó desde 1949 insertado en el ámbito ideológico al convertirse en una cámara de ideas—la Asamblea Parlamentaria—y en un Comité de veintiún ministros de Asuntos Exteriores. Su inspiración ética común la representa la Convención de los Derechos Humanos suscrita por los países miembros a los que la Corte de Justicia del mismo nombre ofrece recursos de apelación para los gobiernos y los ciudadanos de los países miembros. El Consejo no tiene jurisdicción en materia militar o estratégica, ni tampoco las numerosas resoluciones aprobadas en su Asamblea son vinculantes para los gobiernos de los Estados Miembros. Es una cámara consultiva y deliberante. Su importancia ha sido, sin embargo, innegable y se refleja en el gran número de “cartas” y “convenciones” que aprobó desde su fundación y que han sido incorporadas a las legislaciones nacionales. En treinta y cuatro años, más de cien de esos importantes documentos han sido examinados, discutidos y aprobados por la Asamblea. Entre ellos cabe señalar la “Carta Social”, el Código y la Convención de Seguridad Social; el Estatuto de los trabajadores emigrantes, la carta cultural europea en fase de elaboración, la educativa, la de la protección individual de los datos informáticos, las cartas del aire, del suelo, de las aguas por no citar sino algunas de las más importantes. Pero además de ese papel de convertirse en “conciencia crítica” de los derechos del hombre y de su protección y vigencia y extensión en la Europa actual, ocurre que algunos países miembros como Suecia, Austria, Suiza, Lichtenstein y

Malta, no ingresarán verosímilmente en la Comunidad Económica en lo sucesivo y tienen acentuada vocación de neutralidad ante la política mundial de los bloques contrapuestos. En cualquier proceso de unificación europea del futuro no se podrá ni olvidar, ni prescindir de estas naciones. Por eso la colaboración y presencia del Consejo de Europa resulta indispensable en cualquier proceso integrador.

La Comunidad no puede crecer por razones prácticas probablemente más allá de los doce miembros. Pero la Europa de los Veintuno no puede concebirse dejando fuera de su construcción a esas nueve naciones. El presidente Mitterrand declaraba hace pocos meses en la Asamblea de Estrasburgo que no era posible concebir un proceso unificador de Europa sin tener en cuenta a las dos Instituciones que tienen su hemicycle común en la capital parlamentaria de Europa; una “ciudad frontera” como los hombres que la crearon. Un día, estando yo subido a la maravillosa balconada de la catedral rosa desde la que se divisa lo que Paul Valéry llamaba “la terraza de Europa”, es decir, la llanura del Rhin, observé las diferentes dimensiones de las dos torres catedralicias, una más alta que la otra. Pero ambas sirviendo al mismo fin. Como un símbolo de las dos Europas institucionales que allí convergen —Parlamento europeo - Asamblea parlamentaria— dos parlamentos, pero una sola Europa.

EL MOMENTO ACTUAL

Veamos ahora el balance de situación de ese proyecto o proceso en los actuales momentos. No cabe duda que la C. E. E. ha sido un elemento dinamizador de la construcción europea en estos años y que lo alcanzado hasta la fecha ha sido muy considerable en muchos terrenos. La conciencia de la europeidad es un elemento importante de la política internacional de nuestros días. La Europa occidental, a través de sus gobiernos y parlamento, se encuentra en una fase de búsqueda de su identidad en el contexto general del mundo, pero la crisis interna de la C. E. E. a la que antes aludía es asimismo un hecho real.

¿Cuál es la situación de la Comunidad Económica Europea hoy? Oigamos al presidente del Parlamento europeo, Pieter Dankert, socialista holandés, opinar sobre el particular en un reciente discurso. «Estamos en mala situación —dice—. En vez de la *movilidad* y del

dinamismo previstos por los fundadores del Tratado de Roma que iban a conducir a Europa desde la “cooperación económica” hacia la “integración” política pasamos por una fase de *estancamiento* y de *pasividad*. El resultado es que nuestra imagen comunitaria ante la opinión se ha deteriorado. En Europa hay paro, malestar social, inseguridad creciente y una notable alienación de las jóvenes generaciones. La fe en las instituciones democráticas que forman la esencia de la Comunidad ha disminuido.» Estas palabras fueron pronunciadas hace pocos meses por el hombre que rige hoy los destinos del Parlamento, elegido por el voto directo de los ciudadanos de la Comunidad.

¿Qué motivaciones profundas han sido las que han empujado a esta coyuntura tan negativa? Voy a tratar de resumirlas aquí de forma sintética aun a riesgo de simplificar algunos de esos problemas que habrían de requerir, por su complejidad, más largo tratamiento.

Los problemas internos de la C. E. E., como son los presupuestos y las subvenciones a los productos agrarios, no han podido ser resueltos, pese a que se plantearon en términos rotundos desde 1980. Al cabo de casi tres años, las interminables reuniones y los informes de los expertos no han sido capaces de superar las diferencias que siguen existiendo entre Gran Bretaña, Francia, Alemania y, en menor cuantía, Italia, en dichos temas.

Hace poco tiempo tuvo lugar la Cumbre de Stuttgart, cumbre borrasca y difícil. Leyendo cuidadosamente la Declaración final se adivina el costoso esfuerzo de los reunidos para lograr un mínimo consenso público que superara sus divergencias. Gran Bretaña pretende una devolución parcial de sus cuotas presupuestarias. Francia no quiere ampliar la Comunidad sin aumentar los recursos presupuestarios y fijar las subvenciones agrarias. Italia y Alemania quieren relanzar el proceso unificador, superando la regla de unanimidad, reforzando el papel del Consejo y la función del Parlamento, acentuando la identidad europea en los problemas internacionales —extraeuropeos— y desarrollando los proyectos culturales *sin excluir* los asuntos defensivos. Genscher y Colombo trataron de dar una imagen de mayor altura a una Comunidad que solamente discutía de problemas de dinero o de ganadería.

Los partidos políticos europeos, que son cinco grupos políticos

importantes: socialistas, democristianos, liberales, conservadores y comunistas, deben comprometerse más profundamente en el relanzamiento del proceso unificador europeo, pues en último término de ellos depende la verosimilitud y la viabilidad de esa construcción. Si los cinco grupos estuvieran sinceramente de acuerdo en el propósito por encima de los intereses nacionales o partidistas, la Europa unida —federal o no— sería a estas horas una realidad. Por desgracia, hasta ahora, los grupos del Parlamento europeo se agrupan más en función de la nacionalidad que en función de las solidaridades ideológicas.

LOS PROBLEMAS QUE AFRONTA EUROPA

¿Cuáles son los otros problemas que afronta Europa y el europeísmo —en estos años ochenta— de puertas afuera, es decir, de cara al resto del mundo? Pienso que sería oportuno cerrar mis palabras con un comentario a esas cuestiones que son también de candente importancia y actualidad.

El primero es el de la *identidad de Europa* entendida como poder “colectivo” en la política mundial. Desde 1970, por lo menos, la llamada “*política civil*” de las naciones occidentales europeas, denominada así para delimitarla de los temas militares, ha ido poco a poco acentuando su coherencia y su presencia global frente a los demás pueblos. La desaparición de la escena política francesa del general De Gaulle, el gigante insolidario de Europa, simplificó y acentuó esta corriente. Las raíces comunes de nuestra filosofía política europea de la libertad y de la democracia con la de los Estados Unidos son indudables y nos diferencian de otros grupos de países del mundo. Pero al mismo tiempo hay, entre otros, un factor importante que distingue a los Estados Unidos como sociedad política, de las naciones de la Europa occidental y es la existencia en nuestro continente de partidos socialistas democráticos que alternan en el poder, en Europa, mientras que ese turno no existe en los Estados Unidos. El socialismo democrático europeo sostiene que ni la seguridad militar ni el desarrollo económico son especialmente favorecidos por la llamada política de los “bloques” contrapuestos y que, a la larga, la desaparición futura de esos bloques, favorecería la causa de la paz.

Por otra parte, la actitud de Europa es, debido a la experiencia de su historia, en general, más escéptica y cautelosa en cuanto se refiere a confiar en el uso exclusivo de la fuerza militar como garantía de los intereses nacionales. Europa no tiene además ninguna ambición expansiva ni territorial, ni colonial. Europa ni puede, ni quiere, mandar en el mundo. En la NATO, Europa ve un puro instrumento defensivo y en ningún caso un despliegue estratégico global fuera del territorio europeo. Europa ve asimismo la *distensión* con el Este como una necesidad política y como una ventaja económica. También está claro que en el Medio Oriente, las posiciones europeas y americanas no son idénticas, ni mucho menos. De todo ello se deduce la importancia política de reconocer esas diferencias de criterio con los Estados Unidos.

El segundo punto es el *concepto de la seguridad europea*. Es un pensamiento latente en los dirigentes y en la opinión europea que aumenta en importancia a medida que avanzan los años. Está implícito en todo proyecto viable y realista del proceso unificador. Los observadores reconocen que el problema de la seguridad militar del Occidente europeo ocupa un lugar de prominente relieve entre los demás temas del porvenir inmediato de la Comunidad.

Europa sigue insertada en la Alianza Atlántica y depende de ella de modo exclusivo desde el fracaso y abandono de la proyectada Comunidad Europea de Defensa en 1954. Pero en esos treinta últimos años las crisis trasatlánticas en el seno de la NATO han sido constantes y difíciles de subsanar. Los motivos de discrepancia han sido de diversa índole. En primer lugar, los aliados europeos y norteamericanos se han dividido entre sí, buscándose formas posibles de contrarrestarla. Ello ha dado lugar a las matizadas diferencias que se han observado últimamente en temas como Polonia, Afganistán, El Salvador y el Oriente Medio, por no citar sino los más importantes.

En segundo lugar, la creciente toma de posición de las opiniones públicas sensibilizadas de forma creciente en los temas de seguridad han convertido los problemas de la NATO en cuestiones de abierta discusión en Europa, sacándolos del círculo de los expertos a que estaba reducida antaño. En los Estados Unidos, cuya opinión nunca está muy interesada por los temas europeos, se ve con malos ojos lo que se considera por algunos como "ingratitude europea" respecto a los planes norteamericanos, que representan un fuerte gasto público para el contribuyente, destinado a "esas viejas naciones que

critican a los demás y no quieren defenderse”, como ha dicho recientemente un senador de los Estados Unidos. Y hacen además, salvedades en los otros temas, no europeos, de la confrontación general Este-Oeste. Ese distanciamiento es un factor muy de tener en cuenta para el problema de la identidad de Europa.

Hay, por otra parte, una creciente sensación en Europa de que las naciones occidentales de la Comunidad marchan simplemente a “remolque” de la política norteamericana en los problemas esenciales y de que son únicamente “espectadores informados” de lo que se decida en Ginebra, o en Viena, o en alguna cumbre bilateral futura, entre Washington y Moscú. Lo cierto es que no hay, en efecto, una “sola voz” europea frente a los Estados Unidos en los diálogos en materia de seguridad. Y que rara vez se escucha en esas conversaciones una alternativa razonable, propuesta globalmente por los europeos en ese terreno. Ultimamente se ha abierto paso la idea de reforzar el volumen y la capacidad de las fuerzas convencionales de Europa como un eventual contrapeso táctico a un ataque por sorpresa de los enormes dispositivos desplegados de modo permanente por los aliados soviéticos del Pacto de Varsovia en el Este. Ello podría dar lugar a un refuerzo visible y relativamente rápido de los efectivos europeos de la NATO, subrayando así la importancia de los miembros de NATO, no americanos. ¿Puede ser ello síntoma de una nueva tendencia hacia la autonomía defensiva de Europa? No lo sé. En cualquier caso, ese problema de la seguridad europea se convierte, cada año que pasa, en una cuestión cada vez más insoslayable. La Europa de 1983, no es ya la Europa de 1949. Han pasado treinta y tres años para todos. Tampoco los Estados Unidos, ni la sociedad, ni los dirigentes, ni la opinión, ni la demografía norteamericana, son los mismos. Para que la Alianza Atlántica subsista en el porvenir habría que lograr que su estructura se ajuste lo más exactamente posible a la dimensión, a la estructura y al contenido verdaderos, de la Europa occidental de hoy. Y está claro que sin una política de seguridad propia no podrá avanzar ni consolidarse el proceso de la unificación europea.

BALANCE DE FUTURO

¿Qué juicio de valor podemos extraer de este balance? Las tensiones originadas por la crisis económica mundial y los problemas de

tremenda complejidad y de grave peligro que amenazan el porvenir del mundo ¿pueden detener y quizás destruir lo ya alcanzado y conseguido en el proceso de la unificación europea desarrollado en los últimos treinta años? Yo no creo que sea realista pensar que las instituciones europeas vayan a desaparecer un buen día de golpe. Trescientos ochenta y cinco millones de europeos occidentales siguen constituyendo uno de los grandes colectivos históricos, culturales y económicos más relevantes de la especie humana. Y su influencia sigue siendo decisiva en el devenir del mundo. El peligro puede estar en que tanto el proceso unificador, como las instituciones que lo propugnan, se vayan convirtiendo poco a poco en órganos ineficaces con escaso contenido real situándose al margen del flujo de la Historia.

Mi pronóstico es éste: el formidable bloque comercial que es el Mercado Común sobrevivirá a esta crisis. Se acentuará la cooperación política de los gobiernos occidentales en materia de política extraeuropea. Y en el terreno de la seguridad y defensa se logrará una mayor identificación. La integración europea seguirá adelante en su camino, largo y lento, con altibajos, pero con sentido unívoco. En un mundo hostil e incierto y ante un futuro peligroso, la solidaridad europea acabará finalmente por imponerse.

Y no es posible olvidar tampoco que Europa occidental es el bastión más numeroso de las democracias parlamentarias que existen en el mundo y que el porvenir de Europa está últimamente ligado al futuro de esas formas de Estado que nosotros consideramos las más adecuadas para garantizar los derechos humanos y la convivencia libre entre los ciudadanos.

¿Cuántos años nos separan de una Europa confederal unificada? No es tan fácil decirlo. Quizás diez, quince o veinte años. Pero si de lo que se trata es de cambiar radicalmente el mapa de la Europa occidental, ¿no es un tal período un pronóstico de tiempo razonable? “No hay una solución milagrosa para unificar los pueblos de Europa en un plazo breve”, decía en 1962 el general De Gaulle. Pero no hay otra salida para nuestro porvenir de occidentales. Cotejando la célebre frase de Benedetto Croce, el gran historiador que escribía “No podemos dejar de llamarnos cristianos”, debemos afirmar: “No podemos, mirando al mañana, dejar de llamarnos y de sentirnos europeos”.